

Europa: pasado y futuro

Entrevista a Herman van Rompuy *

François Euvé, SJ y Jan Koenot, SJ

Director de la revista *Études* (París) y Director de la revista *Streven* (Amberes) **

Recibido: 2 de abril de 2016
Aceptado: 11 de abril de 2016

RESUMEN: Economista de formación, Herman van Rompuy inició su andadura política con el partido democristiano flamenco. Tras un corto periodo como primer ministro belga, fue nombrado primer presidente permanente del Consejo Europeo a finales del año 2009, siendo reelegido en 2012 para un segundo mandato de dos años. En un nuevo proyecto de las revistas jesuíticas europeas de cultura, los directores de *Études* y de *Streven* inician un diálogo con el motivo de reflexionar acerca de Europa, su pasado y su futuro.

PALABRAS CLAVE: economía, educación, nacionalismos, paz, política internacional, religiones, Unión Europea.

FEuvé: Ha sido presidente del Consejo Europeo durante cuatro años. ¿Cuáles han sido los momentos intensos de su presidencia?

Si le soy sincero, el momento más intenso que he vivido no tuvo nada que ver ni con la política ni con la gestión del Consejo Europeo. Fue la entrega del Premio Nobel de la Paz a la Unión Europea en 2012. La ceremonia tuvo lugar en

el ayuntamiento de Oslo en presencia de dignatarios europeos. Ciertamente yo tuve el honor de recibir el premio, pero era de sobra consciente de que el verdadero beneficiario era la Unión Europea. Fue un momento muy intenso y al mismo tiempo muy emotivo, porque lo que se estaba reconociendo era la razón de ser de la Unión Europea. No hay que perder de vista que el proyecto europeo es,

* Original en francés. De su traducción se ha encargado Elena Quirós.

** Abreviaremos los nombres de quienes realizan la entrevista de la siguiente manera: François Euvé (*FEuvé*), Jan Koenot (*JKoenot*). Sus preguntas van en cursiva mientras que la respuesta en redonda de Herman van Rompuy.

sin duda, un proyecto de paz, cosa que corremos el riesgo de olvidar. Es importante recordarlo, especialmente en esta época actual de desorientación y de angustia.

FEuvé: ¿Cuáles han sido, en su opinión, las principales aportaciones de la Unión Europea?

Lo recalco firmemente: la razón de ser es y sigue siendo la paz. Algo que hoy en día es, si cabe, aún más importante puesto que estamos rodeados de zonas en guerra: Ucrania (9.000 muertos), Siria (al menos 250.000 muertos), entre otras. La vieja Europa lleva 70 años viviendo en paz, pero hay guerras en su alrededor. Nuestro entorno vecino no es el mar del Norte, sino el Mediterráneo, “nuestro mar” (*Mare Nostrum*). Y tendemos a olvidarlo. ¿Cómo imaginar que los cuatro millones de refugiados que huyen de la guerra en Siria podían quedarse lejos de nosotros? Hace algunos años, no pensábamos que emprenderían el camino hacia Europa.

En primer lugar, olvidamos con mucha facilidad que la historia de Europa está teñida de episodios violentos. El más reciente es sin duda la II Guerra Mundial, pero podemos traer otros a la memoria. Hace poco estuve en Paderborn, una localidad alemana donde, en el año 799, Carlomagno se reunió

con el papa León III para firmar un acuerdo: la protección temporal contra la coronación imperial. Entonces me di cuenta de lo que había sido la guerra de los Treinta Años (1618-1648) en esa región. Ciudades enteras fueron masacradas. A lo largo de esa guerra que enfrentó a católicos y protestantes, la población alemana se vio diezmada en un 40% por lo menos. El conflicto podría asemejarse a lo que pasa actualmente entre suníes y chiíes (si bien el elemento religioso sirve a menudo de pretexto para la lucha política). Dicho de otro modo: eso que otros países viven hoy día, ya lo hemos vivido nosotros en Europa con una crueldad perfectamente comparable.

En segundo lugar, Europa es un proyecto de prosperidad. Sin embargo, en las mentes de los padres fundadores de la comunidad europea la economía no era más que un instrumento, un medio para garantizar una interdependencia entre países, de manera que impidiera declararse de nuevo la guerra. Pensaban que habría tantos intereses comunes, que sería estúpido entrar de nuevo en guerra.

Finalmente, la existencia de la Unión Europea es una de las causas de la caída del muro de Berlín y supuso el fin del comunismo en Europa. Las poblaciones del Este sabían de sobra que, al otro lado

del telón de acero, había libertad, paz y prosperidad. Esos países sabían que, una vez entraran en la Unión Europea, no habría marcha atrás posible, igual que había sucedido con los países que habían vivido el fascismo: España, Portugal y Grecia. Al adherirse a la Unión Europea, quedaron sujetos a la democracia. Todo ello demuestra que sí existe una Europa de valores. La paz es un valor como tal.

***JKoenot:** Usted también presenta la economía social de mercado como un valor europeo. No obstante, la economía mundial, hoy sometida a la “financiarización”, ya no se ajusta a ese principio; fomenta las desigualdades, desmantela el tejido social. ¿Existe algún poder político capaz de oponerse a ese imperialismo económico?*

Esa pregunta requeriría una respuesta extensa y matizada (haber estudiado con los jesuitas me ha enseñado el sentido de la matización). Es interesante comparar la situación europea con la de otras regiones del mundo como Estados Unidos o los países asiáticos. En el ámbito de la protección social, lo que llamamos el Estado del bienestar, Europa se presenta como una excepción. En Bélgica, el gasto público todavía representa la mitad del PIB. Salvo en algunos países que, antes de la crisis, vivían por encima de sus posibilidades –situación que había que rectificar–,

hemos logrado mantener lo esencial del Estado del bienestar.

Si miramos el coeficiente de Gini, que mide la tasa de desigualdad, vemos que en la Unión Europea no ha variado en los últimos diez años, cosa que no ha sucedido en Estados Unidos. Por supuesto se trata de un valor medio. Algunos países experimentan situaciones diferentes: las desigualdades se han intensificado. La prensa internacional está impresionada por lo que está pasando en el mundo anglosajón y el aumento de las desigualdades. Pero en la vieja Europa los datos son distintos.

Cada vez más es preciso reconocer que la mundialización de la economía ha generado un descenso espectacular de la pobreza extrema, cosa que han demostrado los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Al hacer balance del decenio con ocasión de la conferencia de las Naciones Unidas en septiembre de 2015, ha surgido un gran número de elementos positivos. Los países donde se ha notado son sobre todo India y China, es decir, en 2.500 millones de habitantes. Cientos de millones de personas han salido de la pobreza gracias al progreso tecnológico y a la apertura que han podido adquirir en la economía mundial.

Lo que llamamos economía social de mercado representa una corrección frente a la economía liberal de mercado. Es lo que nuestros países pusieron en marcha después de que acabara la guerra. Por lo tanto, se trata de un factor de corrección; primero, en el plano social y, luego, ya más recientemente, en el plano ecológico. Uno de los medios para llevarlo a cabo era el fortalecimiento del poder del Estado, y uno de los instrumentos era el ámbito de la fiscalidad y la parafiscalidad. A ello se destina la mitad de nuestros ingresos. Sin embargo, hoy eso ya no basta, porque la economía está organizada a escala internacional. Hay innumerables movimientos financieros que escapan al control de los estados. Como dijo el economista estadounidense John Kenneth Galbraith, a quien mi padre admiraba mucho, hace falta un contrapeso, un contrapoder para corregirlo. Y más que a nivel de las naciones, puede y debe hacerse a nivel europeo.

Es un hecho que grandes empresas multinacionales han logrado evitar pagar sus impuestos en los países en donde estaban implantadas. Hoy hacemos algo al respecto: es el caso de la demanda contra *Google* y *Facebook*, como habíamos hecho anteriormente contra *IBM*. Ahora contamos con instrumentos para hacerlo. Es cierto que, duran-

te bastante tiempo, fuimos demasiado indulgentes, porque queríamos atraer una inversión extranjera que favoreciera el empleo. Pero cada vez hemos sido más conscientes de que esas estrategias que evaden el pago de impuestos son absolutamente indefendibles. Se hace necesaria la acción correctiva del poder político.

Le pongo otro ejemplo. Con la *OCDE*, hace tres años pusimos en marcha un sistema automático de intercambio de datos financieros. Si una persona tiene una cuenta en el extranjero, una cartera de activos, debe comunicarlo a las instancias del país del que es originaria. Esa transferencia de información permite la imposición fiscal. Ahí tiene otra medida novedosa.

Para luchar contra la especulación financiera hemos organizado una unión bancaria que permite al Banco Central Europeo supervisar a los bancos nacionales. Antes, la regulación se llevaba a cabo a escala nacional, pero como el mundo financiero se ha internacionalizado, ahora es insuficiente. Habría que ir más allá puesto que la dimensión europea no basta. Hay que actuar a nivel de la *OCDE* y del *FMI*. Estamos en ello.

El mundo se está organizando, pero la mundialización del sector empresarial va muy por delante

de la mundialización de la gobernanza. Seguimos “en obras”. Y, sin embargo, tengo la sensación de que las cosas avanzan en la buena dirección. Vivimos en una época, no solo de “financiarización”, sino también de comercialización. Es algo que se da en todos los ámbitos y una tendencia irreversible. Nada escapa al comercio, ya sea el deporte, el arte o la cultura. ¿Podemos frenar ese movimiento de fondo? No es seguro. No hay que hacerse ilusiones. El sistema de la mundialización no desaparecerá. No podemos suprimir el comercio mundial de los objetos de arte. No podemos evitar la internacionalización de los grandes medios de comunicación. Aunque esta mundialización tiene grandes virtudes, conlleva también excesos. Para intentar reducirlos, debemos contar con poderes correctivos que vuelvan a incorporar una dimensión humanista e incluso espiritual. Podríamos encontrarlos en la enseñanza, en el sector de los medios de comunicación –por muy comercializados que estén–, en las iglesias, en todo tipo de movimientos de la sociedad civil. Se trata de todo lo que representa el mundo no material que debería verse menos afectado por la comercialización. Todo ello con miras a dotar a las personas de los medios para responder a la homogeneización de todos los valores que provoca

la comercialización. Es un trabajo considerable pero consuela constatar que cada vez se hace más necesario.

***JKoenot:** El sistema educativo, tal y como está concebido actualmente, ¿no busca preparar a la gente joven para moverse lo mejor posible en el sistema dominante más que para desarrollar un espíritu crítico?*

El sistema educativo prepara a la gente joven para adquirir una formación que debe permitirles encontrar un empleo en un mundo difícil. Por supuesto, la educación debe buscar el desarrollo de todos los aspectos de la personalidad, formar al hombre universal. Este segundo aspecto no se ha perdido, de eso no hay duda, pero no hay que bajar la guardia.

Vivimos en un mundo muy distinto del que yo he conocido. Antes, el colegio y la familia eran los principales espacios educativos. Hoy, los jóvenes pasan un tiempo considerable delante de la pantalla del ordenador. Reciben mucha desinformación por ese canal. Es de sobra sabido que los jóvenes radicales no se radicalizan en las escuelas coránicas, sino a través de Internet. Ahora hay una ventana abierta al mundo de par en par y se accede tanto a lo mejor como a lo peor. Es el gran desafío de nuestros días: cómo integrar ese

mundo de Internet en un proyecto pedagógico.

FEuvé: La internacionalización es una fuerte tendencia en nuestro mundo. Sin embargo, estamos asistiendo a un fenómeno de renacionalización en numerosos países que se manifiesta por el ascenso de los partidos nacionalistas, y al que se puede asimilar el fenómeno de la regionalización (Cataluña, Escocia, Córcega). ¿Se trataría de una regresión del proyecto europeo, el indicio de un cierto malestar?

El mundo no es homogéneo. Es un espacio y, al mismo tiempo, un lugar: *a place and a space*, como se dice en inglés. Esta expresión encaja particularmente bien con Europa, que se ha convertido en un espacio de libre circulación de personas, de bienes y de servicios. Tenemos el ejemplo del programa Erasmus que ha permitido a millones de jóvenes estudiar en otros países. Pero también es un lugar porque cada uno de nosotros deseamos tener nuestro hogar, estar protegidos y sentirnos seguros. Por un lado, está el deseo de salir hacia afuera, crecer, abrirse al mundo; y por otro lado, la necesidad de protección. Desde los comienzos de la construcción europea, hemos desarrollado sobre todo el primer elemento, con todas las ventajas que ello comporta, tanto en el plano económico como en el humano. La acción ha consis-

tido en eliminar las fronteras para los bienes, los trabajadores y trabajadoras, las inversiones, con el fin de permitir a la gente y a las empresas desplazarse, emprender iniciativas y aprovechar las oportunidades que se presentan. Aún hoy, en sectores tan diversos como el de la energía, las telecomunicaciones o la economía digital, se apuesta por dismantelar las fronteras y crear un enorme espacio común. La posibilidad de circular libremente de un país a otro, de estudiar en el extranjero, contribuye a desarrollar la personalidad.

Le quiero contar una experiencia que a mí me marcó. Cuando iba al instituto Saint-Jean Berchmans, en Bruselas, había algunos profesores con una fuerte tendencia "flamingante". Para mí Europa ha constituido un antídoto frente a eso. Yo me hice europeo a los 16 años, como reacción. La apertura europea adquirió una dimensión concreta gracias a la organización de viajes anuales con el alumnado de otros institutos jesuitas: franceses (Evreux), alemanes (Berlín), neerlandeses (Nimega) e italianos (Génova). Viajábamos por toda Europa. Me acuerdo, concretamente, de un viaje al norte de Italia en el que visitamos las grandes empresas (Fiat, Martini), pero también sus lugares históricos. Después de un viaje juntos, sobre todo entre jóve-

nes, ya no se es la misma persona. Vemos al francés, al alemán o al italiano con otros ojos tras haber compartido juntos varias semanas. Es importante hacerlo a esa edad porque es la época vital en la que somos más receptivos.

Sin embargo, la situación ha cambiado. La mundialización ha puesto en un brete al Estado del bienestar. Por eso, la crisis ha obligado a las instituciones europeas a desempeñar un nuevo papel. El resultado ha sido una evolución rápida y dramática. Mientras que, durante varios decenios, Europa era sinónimo de apertura, de liberación, de emancipación, de adquisición de poder; hoy se nos muestra como una instancia de injerencia, de enjuiciamiento, de prescripción, de imposición, de corrección e incluso de castigo. Lo que antes se percibía como una instancia que abría las puertas a nuevas posibilidades, muchos lo ven ahora como un intruso no deseado. El amigo de la libertad y del espacio se ha convertido en una amenaza para la protección y el lugar. Hemos hecho hincapié en el “espacio” y no hemos prestado atención ni al “sitio” ni al “lugar”. Hemos subestimado la necesidad de hogar, más aún cuando a la apertura de la Unión Europea a nuevos países se ha sumado la mundialización, con todas las consecuencias que

ello conlleva. Como dijo Joseph Schumpeter, la vida económica siempre es un proceso de “destrucción creativa”.

Lo importante es que el saldo sea positivo y que la creación prevalezca sobre la destrucción. Ahora dudamos de que siempre vaya a ser así en el futuro. Una de las señales es la crisis de las clases medias en Estados Unidos. Estas se han visto expulsadas del mundo económico y no vuelven a encontrar un sitio equivalente en la nueva economía en la que muchas actividades se han digitalizado. Por eso, se han perdido empleos que ya nunca se recuperarán. Ya no hay compensación como en otros tiempos. Y cuando esas personas encuentran un sueldo, por lo general es netamente inferior. No hay que hacerse ilusiones: esta realidad agudiza las desigualdades. Incluso si logramos reducir la extensión de ese fenómeno con nuestro sistema de protección social, también llegará a Europa. Entonces entendemos el temor de que lo que funcionó en el pasado no se vaya a reproducir en el futuro. Y es una fuente de angustia. Es preciso proteger a las personas –esa es la función del Estado– contra la especulación financiera, el fraude fiscal, el desempleo, el calentamiento climático y la inmigración ilegal. Es lo que dije en mi discurso al recibir

el premio Carlomagno. No es fácil porque los Estados están sometidos a presiones, y sin embargo es esencial para el mantenimiento del proyecto europeo. Aunque no sea un Estado, Europa sí es una entidad política.

Urge que a la Unión no se la vea únicamente como beneficiosa para los emprendedores, sino también para los empleados. No solo para quienes pueden desplazarse, sino también para quienes deciden no moverse. No solo para quienes tienen titulaciones y hablan varios idiomas, sino para todos los ciudadanos y ciudadanas. Es importante no ver a la gente como consumidores únicamente que desean tener una amplia selección de productos a buen precio, sino también como trabajadores que se enfrentan a la competencia del mercado de trabajo.

Añado una última reflexión. No soy un pesimista cultural pero hay que mantenerse lúcido. Desde hace varios decenios, existe una fuerte tendencia hacia una individualización creciente en la vida en sociedad. El individuo está cada vez más aislado. Asistimos a una pérdida ideológica y a una regresión de la idea de solidaridad y de justicia. Cada cual se ocupa de su propio destino. Ahora bien, una persona aislada se vuelve mucho más desconfiada frente a los de-

más. Experimenta un sentimiento de miedo, cuando no de angustia. El atractivo del localismo se puede ver como una necesidad de protección. Cuando uno ya no se siente protegido por las instituciones “trascendentales”, busca una protección más próxima a su hogar. Entonces comprendemos el resurgimiento de lo local y, por tanto, de lo regional.

El aspecto negativo del individualismo es que el otro se convierte en una amenaza potencial a mi identidad. Como consecuencia, me veo inducido a concebir su identidad negativamente, por oposición al otro. Me defino por lo que no soy: no soy musulmán, no soy negro, etcétera. Y ahí es donde empieza a ser peligroso porque el aislamiento se acentúa aún más. Estamos en las antípodas del proyecto europeo como proyecto de reconciliación.

FEuvé: ¿Cómo ve el papel de las Iglesias que tienen a la vez una dimensión nacional e internacional, en particular la Iglesia católica? Entre las personas que iniciaron el proyecto europeo se encontraban muchos cristianos.

Después de la guerra, el renacimiento de la idea europea se ha formado en gran medida –aunque no solo– en el mundo cristiano. La idea de la reconciliación experimentó un enorme desarrollo de la mano de los grandes lí-

deres cristianos de entonces, algo particularmente obvio en la Europa de los seis, ya que varios de los países que la componían habían estado en guerra desde hacía tiempo. Posteriormente, Europa integró a otros estados que le dieron una dimensión multicultural y multirreligiosa más grande. No hay que olvidar la presencia de varios millones de musulmanes en Europa.

Tengo la sensación de que a la Iglesia católica siempre le ha costado aceptar aquello en lo que se ha convertido la Unión Europea. Veo una especie de desamor entre la institución católica y la Unión Europea. Estamos demasiado afeerrados al famoso debate de 2004 en torno al borrador del preámbulo de la Constitución europea. El primer borrador hablaba de las raíces de Europa evocando el mundo grecorromano y el Siglo de la Luz sin hacer alusión al cristianismo. Hay que reconocer que se trataba de una verdadera falsificación histórica. Los católicos reaccionaron con fuerza. Para las instancias romanas fue un *shock* cultural. Sin embargo, el debate ha tomado otros derroteros desde el momento en que hemos querido introducir una referencia religiosa en la Constitución. Pues bien, muy pocas constituciones lo hacen, incluso en los países de fuerte tradi-

ción cristiana. Debemos reconocer que si el mundo europeo está marcado por su pasado cristiano, la Europa cristiana de los siglos pasados ya no existe. Y sin embargo, el debate sigue provocando agitación: me impresiona ver que aún hoy la gente me habla de ello.

Es importante que la Iglesia católica siga defendiendo la idea europea como idea de paz y de solidaridad. De hecho, es lo que el papa Francisco –él, que no es europeo– hizo en sus discursos durante el viaje a Estrasburgo en noviembre de 2014. En el momento en que desde distintos flancos se pone esa idea en entredicho, no hay que echar más leña al fuego. Contra las tendencias individualistas y los movimientos separatistas y nacionalistas, no es el momento de abandonar la lucha por la reconciliación y la cooperación.

La apertura hacia el otro –pensemos en Lévinas– es un componente esencial de la civilización humana. Todos los movimientos humanistas o espirituales deben contribuir a esa apertura. Vivimos en una época crucial de nuestra civilización. El testimonio del Papa actual es muy valioso pues lo hace con una autenticidad irremplazable. Se ve perfectamente el efecto de arrastre. Lo espiritual tiene una gran responsabilidad para contrarrestar la tendencia a elaborar una

idea negativa. Por supuesto, queda abierta la cuestión de saber si se puede separar el altruismo de sus fuentes religiosas. Eso es materia para otro debate.

Uno de los dramas de ciertas Iglesias cristianas ha sido su no separación del Estado. El peligro es que pasen a estar al servicio del poder. Algunos Estados miembros no conocen esa separación (no me refiero a Rusia), de manera que la Iglesia se pone al servicio de las tendencias nacionalistas. Esta circunstancia no ayuda a la apertura. Hay que conservar un espíritu universalista. Las Iglesias no pueden quedarse en entidades meramente nacionales.

***JKoenot:** Lo que admiro de usted es cómo ha logrado resistir en el mundo de la política, un mundo duro, en el que hay que luchar y encajar golpes. Tiene usted una gran sensibilidad artística que se expresa sobre todo en*

la poesía. Incluso le han proclamado “embajador del haiku” en Japón.

Es cierto que mi carrera ha sido muy atípica, ¡por suerte! He evitado las polémicas inútiles y la búsqueda de ventajas exclusivamente personales. Siempre he querido mantenerme apartado de todo eso y me ha sido de gran ayuda. He podido organizarme para seguir siendo un intelectual cosa que es un gran privilegio. Afortunadamente, no soy el único de entre los políticos.

Ahora, debo reconocer que mi educación me ha ayudado mucho. Una vez, en Inglaterra, me preguntaron por el papel de la universidad en la educación. Respondí que el papel de la universidad se limita a transferir conocimientos. De hecho, la educación, en el sentido de la formación de la personalidad, debe hacerse antes. Por eso les estoy enormemente agradecido a mis profesores jesuitas. ■